JORDI SOLÉ TURA

Presencia de líderes andaluces y ausencia de otros

La reciente elección de Julio Anguita como secretario general del PCE eleva a tres la cuota de líderes andaluces entre los principales partidos políticos de ámbito español. El hecho puede parecer una simple casualidad, una anécdota sin mayor trascendencia, pero creo que, bien miradas las cosas, se presta a una reflexión más general, porque pone sobre el tapete, de manera gráfica, uno de los problemas básicos de la política española, a saber: por qué surgen dirigentes políticos de unas zonas determinadas y no de otras.

Es fácil constatar que el asunto tiene más implicaciones si uno repasa la lista de los principales dirigentes del Estado español en los dos últimos siglos y comprueba que la mayoría de ellos fueron andaluces o, en todo caso, nacidos por debajo de una imaginaria línea de separación que atraviese España de Este a Oeste a la altura de Madrid. Ha habido también una buena cuota de gallegos y otras cuotas menores de asturianos, cántabros, castellanos, etcétera. Pero ninguno o casi ninguno vasco o catalán.

La explicación histórica es relativamente sencilla. Un Estado español tan cerrado y tan oligárquico como el que se creó y desarrolló a lo largo del siglo XIX y casi todo el siglo actual, hasta los últimos años, sólo podía ser dirigido por representantes de los grupos oligárquicos más cerrados. Y su impermeabilidad fue tal que ni siquiera la burguesía industrial y comercial de Cataluña y la burguesía industrial y financiera del País Vasco pudieron llegar a gobernarlo.

Ahora las cosas son distintas, y los nuevos dirigentes no tienen nada que ver con los de antes. Sin embargo, los dirigentes políticos siguen surgiendo de las mismas zonas y continúan las ausencias de catalanes y vascos. Es cierto que con el Gobierno del PSOE ha aumentado sensiblemente el número de catalanes con responsabilidades políticas y administrativas en el Gobierno central y se han afirmado algunos dirigentes políticos y sindicales vascos. Pero todavía no hay un solo partido político de ámbito español que esté dirigido por un catalán o un vasco ni aparecen alternativas generales —grandes o pequeñas— lideradas por catalanes o vascos.

No sé cuál es la razón de que Andalucía produzca tantos dirigentes de estas características, aunque creo que algo tendrá que ver en ello un clima político que permitió librar y ganar la espléndida batalla de su estatuto de autonomía. Éste es, sin duda, un tema de reflexión interesante. Pero tanto o más interesante que esto, y, desde luego, mucho más preocupante, es lo otro, la ausencia de catalanes y vascos, porque detrás de esta ausencia sistemática hay un importante problema político.

La explicación hay que buscarla en las propias realidades catalana y vasca. Aunque las situaciones de Cataluña y del País Vasco no son idénticas, ambas tienen en común un dato esencial: que la conciencia de comunidad específica, la identidad nacional, se ha construido como conciencia e identidad de pueblo asediado, de colectividad acosada por un enemigo exterior. Esto ha sido cierto —desgraciadamente cierto— durante largos períodos de la historia contemporánea, especialmente bajo la monarquía de la Restauración y las dictaduras de Primo de Rivera y Franco, en las que la idea de una pluralidad nacional y lingüística fue brutalmente perseguida por el centralismo en nombre de una idea de nación española única, indiscutible y excluyente.

Por esta razón, bajo el franquismo, la lucha por la democracia estuvo siempre ligada a la lucha por la autonomía. Y el mérito de las fuerzas de izquierda, especialmente en Cataluña, consistió no sólo en encabezar esta lucha, sino en vincularla en todo momento a un proyecto general de lucha por la democracia en toda España, afirmando la solidaridad con todos los demás pueblos españoles. Por eso en los últimos años del franquismo Cataluña y el País Vasco fueron auténticos motores de la lucha democrática, centros pilotos de nuevas experiencias populares. Por eso la izquierda ganó tan claramente las primeras elecciones en Cataluña.

Durante estos últimos años las cosas han cambiado. En primer lugar, ha cambiado España en su conjunto, la democracia se ha consolidado, han quedado atrás las dictaduras militares y el país ha entrado por la puerta grande en Europa. La vieja España tradicional sigue ahí, sin duda, y es posible percibirla a cada recodo del camino. Pero la sociedad española está cambiando con rapidez, y, aunque el presente está lleno de contradicciones y el futuro lleno de incógnitas, es innegable que una nueva sociedad española se está superponiendo a la vieja y predominando sobre ella.

Mientras tanto, en Cataluña y en el País Vasco la izquierda ha perdido la hegemonía inicial por muy diversas razones, entre las cuales hay que señalar en primer lugar las dificultades y las contradicciones iniciales de la transición a la democracia. Los nacionalismos han conquistado la hegemonía y la han utilizado para seguir cultivando la idea de que nada ha cambiado en relación con el enemigo exterior, y han seguido impulsando una identidad nacional de pueblo acosado. Bajo la dirección de los nacionalismos, la autonomía no se ha entendido como una forma de contribuir a articular un nuevo sistema político español, sino como una forma de marcar distancias respecto al adversario secular y de frenar su acometida incesante. Y la afirmación de la propia nacionalidad no se ha entendido como una manera de consolidar el carácter plurinacional de España, sino como un enfrentamiento entre dos colectividades nacionales. De este modo, Cataluña y el País Vasco han tendido a encerrarse en sí mismos y corren el riesgo de perder la oportunidad histórica de encabezar, por fin, el proceso de transformación del conjunto de España.

Yo creo que ésta es la cuestión decisiva de la vida política catalana y vasca. Aparentemente se trata de un problema ideológico, pero es fundamentalmente un problema político y económico. Hace poco, los dirigentes de un importante grupo editorial y distribuidor de Barcelona me explicaban su preocupación por esta tendencia al aislamiento, porque cada vez les resulta más difícil organizar actos con grandes personalidades de la cultura española en Barcelona, a causa de las reticencias mutuas. Por otro lado, es sabido que algunas entidades de ahorro catalanas piensan seriamente en trasladar, o ya están trasladando, sus centros de tesorería a Madrid. Son dos aspectos de un mismo problema, pero ambos bien significativos, porque demuestran que lo que está en cuestión es si Cataluña y el País Vasco van a seguir encerrados en una mentalidad de aislamiento y acoso o van a convertirse en motores de los cambios presentes y futuros de una sociedad española que ni política ni cultural ni económicamente ya no va a ser la misma de antes.

Cuando la izquierda catalana habla de desarrollar el Estado de las autonomías en sentido federal no está haciendo, pues, una propuesta ideológica, sino una propuesta política para romper este círculo del aislamiento, esta tendencia a la autolimitación. Y cuando el nacionalismo responde negativamente a esta propuesta sin ofrecer ninguna alternativa, lo que en realidad propugna es seguir como hasta ahora para conservar su hegemonía política.

El combate político en Cataluña y en el País Vasco es, pues, un combate muy peculiar. Aparentemente se discute sobre esencias y liderazgos carismáticos, pero en el fondo se discute de proyectos de Estado y de sociedad. La derecha nacionalista carece de proyecto de Estado porque sabe que, más allá de la demagogia, el independentismo no tiene sentido y por ello necesita gobernar el Estado español, pero no lo puede conseguir desde el aislamiento a que le condena su propio nacionalismo, como lo han demostrado los casos históricos de Cambó y de la llamada *operación Roca*. La izquierda tiene un proyecto de Estado, pero debe ganar la batalla al nacionalismo en Cataluña y en Euskadi para poder tener pleno protagonsimo en el conjunto de España. Por eso *todavía* no surgen líderes catalanes y vascos de ámbito español. Y subrayo lo de *todavía* porque creo que las cosas van a cambiar en el futuro. Un país como éste, que está pasando de manera tumultuosa de un pasado tremendo a un futuro incierto pero lleno de posibilidades, no puede permitirse el lujo de que nadie se autoexcluya, porque se necesitan muchos motores y muy diversos.

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

El programa del martes

Es realmente indignante la falta de respeto, la burla, el menosprecio y la tendenciosidad hacia las creencias de muchas personas con que fuimos obsequiados el pasado martes en Televisión Española.

Yo, que no pude expresar mi protesta ante el bloqueo de la centralita de Torrespaña, quisiera hacerlo desde su periódico, porque no hay derecho a que se intente incluso hasta cambiar la historia de una manera tan burda.

Obviamente, me estoy refiriendo al panfleto anticomunista que pusieron en el ciclo de Marlon Brando, después del estupendo programa de Gurruchaga.— **José Luis Vizcaya.** Málaga.

Traducciones

Días pasados, en la página dedicada a radio y televisión se hacía un comentario sobre la poca fortuna en la traducción de los títulos de algunas series de la televisión de EE UU y se aludía a las más actuales: *Canción triste de Hill Street* y *Luna azul.* También, y en fecha anterior, en la crítica a la película *Full metal Jacket,* que se traducía como *La chaqueta metálica,* se decía que el título hacía referencia al forro metálico de los proyectiles usados por los *marines* estadounidenses, el cual aumentaba su eficacia.

Ni la traducción de *Full metal Jacket* como la de *La chaqueta metálica* es, a mi entender, correcta, ni lo es la apostilla a la eficacia de los proyectiles. A mi entender, la traducción más exacta, aunque libre, sería *Bala blindada,* referida al proyectil cuyo núcleo de plomo va totalmente envuelto o forrado por una *camisa* (así se denomina en España) de un metal blando (cobre, latón, cuproníquel, etcétera) y que es de uso obligatorio en todos los ejércitos del mundo, tras los acuerdos de la Convención de Ginebra (no recuerdo el año) y no sólo usado por los *marines,* como se desprendía del comentario aludido.

Tampoco el blindaje o forrado aumenta la eficacia del proyectil, antes bien, la disminuye, por cuanto impide que el plomo se deforme, aumentando su diámetro y que con ello se acrecienten cruelmente los desgarros y, por ende, el tamaño y la gravedad de las heridas junto con los efectos traumáticos, que es lo que acontece cuando se usan balas de plomo sin blindaje o forro, o semiblindadas de punta blanda, deformable o expansiva (vulgarmente conocidas como *dum-dum),* por lo que están específicamente prohibidas para el ejército.— **José Borja.** Madrid.

Impaciencia comunista

Sí, es una verdadera lástima que los comunistas españoles no tengan paciencia y hayan escogido este fin de semana a Julio Anguita como secretario general del PCE. Una verdadera lástima.

Es innegable que con Julio Anguita al frente, el PCE ganará mucho, tanto en militantes como en simpatizantes; pero Izquierda Unida nunca llegará a ser una alternativa real de gobierno al PSOE si no consigue antes un triunfo a nivel autonómico, demostrando lo que puede y sabe hacer, puesto que aún hay mucho miedo en nuestro país a que los comunistas accedan directamente al poder sin estar el electorado seguro, a ciencia cierta, cómo van a introducir sus cambios y reformas. Y es en Andalucía donde debe conseguir ese triunfo por dos motivos: es donde más fuerza posee y donde, por circunstancias históricas y sociales, puede hacer más cosas. Esta victoria de IU en Andalucía pasa antes por arrancar votos al PSOE y al PA mediante un buen programa de gobierno, que lo posee, y, dado que estos votantes no son de arraigada ideología comunista, mediante un dirigente con carisma, capacidad de trabajo y fuerza para aglutinar votos. Este dirigente es Julio Anguita, y no es que desprecie al señor Alcaraz o a otros líderes andaluces, pero por desgracia no tienen su poder de atracción.

Ahora, Julio Anguita está al frente de los comunistas españoles; con ello puede que gane el PCE, pero lo que es seguro es que perderá Andalucía, y a la larga, la alternativa real de gobierno comunista.— **Manuel Acosta.** Málaga.

Verborrea

Llevo mucho tiempo asistiendo atónica a la verborrea de algunos políticos. Pero puestos a buscar ejemplos, uno de los más desa-

Pasa a la **página siguiente**

GABRIEL JACKSON

¿Necesitamos aún un movimiento pacifista?

Desde que se firmó, en diciembre, el tratado sobre misiles nucleares de alcance intermedio ha habido muchos comentarios periodísticos sugiriendo que el movimiento pacifista mundial tuvo poco que ver con el logro de ese pequeño primer paso hacia un desarme real (a diferencia de la prohibición de los ensayos espaciales y de los acuerdos SALT, que sólo limitaban el crecimiento de los arsenales nucleares). El argumento más general que se utiliza para descalificar a los pacifistas es el siguiente: el secretario general Gorbachov necesitaba un alivio en el coste de la carrera armamentista, y el presidente Reagan deseaba ser recordado por algo más digno de admiración que su papel en el *Irangate*. De modo que Gorby y Ron hicieron un arreglo para librarse de algo menos del 10% de su capacidad total de ataque nuclear. Hicieron méritos como para un modesto *primer paso* en el desarme, y las ruidosas manifestaciones realmente tenían poco que ver con los resultados.

Por supuesto que el motivo para desacreditar así al movimiento pacifista es lograr la exaltación de los dirigentes políticos y de sus asesores presuntamente realistas, sugerir que Big Brother lo sabe mejor y que la presión pública es innecesaria. Es el mismo tipo de razonamiento que usaban los que argumentaban contra el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y los que ahora se oponen a las campañas de Amnistía Internacional contra la tortura y la pena de muerte. El planteamiento es que las actividades *disidentes* sólo empeoran las cosas, y que una *negociación tranquila* entre las autoridades existentes es la mejor forma de conseguir un adelanto. En el caso de los derechos humanos, sé, por mi experiencia personal, que las autoridades sólo les prestan atención cuando hay una presión pública, y estoy convencido de que lo mismo sucede para cualquier avance que se haya hecho o que se pueda llegar a hacer relacionado con el desarme.

Desde 1945 una parte significativa de las comunidades científicas tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos se ha opuesto a la carrera armamentista nuclear. Publicaciones como el *Bulletin of the Atomic Scientists* y organizaciones como The Union of Concerned Scientists y Physicians for Social Responsability han trabajado incansablemente para convencer a presidentes, gobernadores, parlamentarios y dirigentes militares de la absoluta necesidad de evitar la guerra nuclear. Los científicos soviéticos han desempeñado un papel similar dentro de la URSS. A pesar de la guerra fría y de la división que se dio en Europa en los bloques OTAN y Pacto de Varsovia, los científicos soviéticos y occidentales se han encontrado anualmente en las conferencias Pugwash con el fin de preparar el terreno para un eventual desarme, y los médicos, tanto soviéticos como americanos, han hecho declaraciones conjuntas previniendo sobre los efectos catastróficos de la guerra nuclear tanto para el presente como para el futuro de la humanidad.

En todos los países occidentales, excepto Francia, se han dado activos movimientos contra la guerra y por el desarme, movimientos que no siempre figuran en las primeras planas, pero que están actuando siempre en las iglesias vecinales y en las organizaciones cívicas, en los sindicatos y en las organizaciones estudiantiles. ¿Alguien puede suponer realmente que sostenedores de la guerra fría como Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Helmut Kohl estén apoyando el tratado sobre los misiles de alcance intermedio y que ese cambio de posición no tenga nada que ver con cientos de miles de ciudadanos manifestándose en las capitales, con las jerarquías católica y protestante declarándose contra la posibilidad de guerra nuclear, con los científicos nucleares advirtiendo sobre el *invierno nuclear*, que destruiría la mayor parte de la vida que restara después de unos pocos días de guerra nuclear, con las mujeres de Greenham Common asediando las bases militares británicas y los *verdes* socavando felizmente la imagen militar histórica de Alemania? No cabe duda de que a los reaccionarios de todo el mundo les gustaría minimizar, y si fuera posible revertir, la fuerte presión real que obligó a esos dirigentes a negociar el primer pequeño paso hacia el desarme nuclear.

Pero más importante que insistir en el aporte reciente del movimiento pacifista es enfatizar que su importancia es permanente. Es probable, por cierto, que el tratado Gorbachov-Reagan sea ratificado por el Senado de Estados Unidos. Pero ya se oyen voces diciendo: "Hasta aquí, pero no más allá", reconociendo (los señores Kissinger, Brzezinski, Rostow, etcétera) que, desafortunadamente, el nivel público de ignorancia creará la demanda de una ratificación que es realmente peligrosa para la seguridad de Estados Unidos, aunque finalmente, y gracias a Dios, el tratado sólo nos obliga a destruir 500 misiles, mientras los soviéticos están comprometidos a destruir 2.000.

Siempre fue evidente que la SDI de Reagan jamás hubiera podido proteger realmente a Estados Unidos de un ataque nuclear amplio. Más allá de las ilusiones del presidente, los científicos que lo sustentan sabían que los *beneficios* reales de la astronómica inversión tomarían la forma de múltiples e imprevisibles adelantos de la tecnología militar. Ésta también es la base del temor soviético: no un blindaje espacial invulnerable, sino una ampliación del desequilibrio tecnológico entre las dos superpotencias. Por lo menos tres de esos *beneficios* ya son visibles: rayos láser más poderosos, *bombas inteligentes*, con cargas explosivas más pequeñas y dirigidas con más precisión, y cañones electromagnéticos *posmodernos* que destruirán los tanques más fuertemente blindados.

Se necesitará un movimiento pacifista mundial continuo tanto para ayudar al presidente Reagan como al secretario general Gorbachov a resistir las presiones de sus propios efectivos militares cavernícolas, efectivos que se están movilizando para evitar todo lo que se parezca a una reducción del 50% de las armas nucleares estratégicas. La opinión pública mundial tendría que dar un apoyo activo a los esfuerzos diplomáticos de los *seis* (Argentina, Grecia, India, México, Suecia, Tanzania), de modo que su línea política no pueda ser tratada simplemente como las ilusiones de un puñado de jefes de Estado liberales.

Frente a la creciente complejidad y variedad de los proyectiles atómicos *pequeños* y de las armas químicas y biológicas, es necesario insistir en algo que todavía ni siquiera se ha comenzado a considerar seriamente: un compromiso internacional para terminar con la investigación de armas sofisticadas. La humanidad habrá ganado muy poco si la destrucción de los misiles actualmente existentes se acompaña con la proliferación de las mortales armas *convencionales*, que con toda precisión matan a decenas de miles en lugar de la matanza indiscriminada de cientos de miles.

El espíritu internacional del movimiento pacifista también es necesario para fijar la atención en los problemas ecológicos del planeta. Hasta ahora no disponemos en absoluto de una forma segura de deshacernos de toneladas de residuos radiactivos, algunos de los cuales serán radiactivos durante 10.000 años. ¿La humanidad tiene alguna responsabilidad mayor que la de no envenenar la biosfera por un tiempo dos veces más largo que la existencia misma de la *civilización* actual? Para no mencionar asuntos menores, tales como la destrucción de los bosques tropicales y la desertización del suelo. El movimiento pacifista, que piensa en términos de humanidad antes que en términos de naciones, bloques o sistemas políticos, no sólo es necesario para continuar con el proceso de desarme, sino también para hacer que el mundo sea consciente del desastre ecológico que está amenazando la supervivencia de la humanidad.

Traducción: Rosa Premat.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

fortunados resulta el del señor Arzalluz, presidente del PNV: "Cada vez que uno quiere hacer algo a favor, salta HB o ETA como una señorita violada, creyendo que queremos intervenir y tener protagonismo" (EL PAÍS, 21 de febrero de 1988).

Y yo me pregunto: ¿a cuántas señoritas violadas ha visto saltar el señor Arzalluz?

Busquen, señores políticos, ejemplos más adecuados para ilustrar sus brillantes ideas, y por favor, déjennos a las mujeres en paz sin establecer comparaciones tan despectivas.— **Beatriz Monreal.** Rentería, Guipúzcoa.

Almendros precisa

El título de la entrevista conmigo publicada en EL PAÍS del 25 de febrero de 1988, *Quiero saber qué dirá Fidel de mí después de esta película*, no me parece que expresa con exactitud lo que yo quise decir. No es la opinión que Fidel Castro pueda tener sobre mi persona lo que me preocupa, sino el interés que nuestra película (de Jorge Ulla y mía) puede suscitar fuera de Cuba y, por tanto, influir en el dictador para la liberación de presos y la mejoría de condiciones en las cárceles dentro de Cuba.— **Néstor Almendros.** Madrid.

Versión española

El Central Bureau, con subvención de la comisión de las Comunidades Europeas, ha publicado recientemente una serie de libros que tratan de recopilar la mayor información posible sobre los aspectos de interés para un joven visitante de cualquier país europeo.

El libro dedicado al Reino Unido en su versión *española*, *Los jóvenes visitantes al Reino Unido*, parece más una mofa que un intento serio de facilitar información. Los errores gramaticales y semánticos son los dos pilares básicos sobre los que se apoya el mencionado libro.

Es vergonzoso que entidades de prestigio se permitan lanzar al mercado un texto que no tiene la más mínima coherencia. Esto indica, bien que no cuentan con unos profesionales dignos de tal denominación, que carecen de mecanismos de control o, lo que sería más penoso, que manifiestan una total ignorancia y despreocupación por una lengua que, como tal, no merece los vapuleos de unos incompetentes.

Si quiere pasar un rato divertido, anímese y lea el susodicho librito.— **Juan Manuel Criado.** Granada.

El caso de Austria

Austria es una antigua nación europea y, desde hace bastantes años, un país neutral que ha contribuido generosamente a la causa de la paz y a la distensión. Es además un Estado democrático donde se respetan escrupulosamente los derechos humanos y que no tiene conflictos con ningún otro país de la comunidad internacional. El pueblo austriaco es muy trabajador y ha conseguido por su propio esfuerzo alcanzar altas cotas de bienestar y cultura. Pocos países pueden presentar hoy en el mundo una credencial como ésta.

Sin embargo, en una época en que se habla de la construcción de Europa, estamos viendo cómo este país está siendo empujado, sin que ningún país europeo mueva un dedo por él, no ya al aislamiento internacional, sino al ostracismo más absoluto.

Las cosas han llegado a este punto, al parecer, porque los austriacos han decidido elegir como presidente a un antiguo teniente del Ejército nazi que, sin ser un criminal de guerra, sí que debió estar informado de las deportaciones y atrocidades que se cometieron, sin hacer nada por impedirlas. Además ha mentido al negar estos hechos.

No quiero minimizar la gravedad de la conducta de Waldheim durante el nazismo. Tampoco quiero disculparle. Pero hay que decir que, después de la derrota, él se adaptó a la nueva situación y desde entonces —han pasado 45 años— su comportamiento como ciudadano y como político dista mucho de haber sido el de un fascista. Si de razones morales se tratase, creo que en estos momentos hay regímenes políticos y gobernantes responsables directos de represiones sangrientas y atrocidades de todo tipo que merecerían contundentes y eficaces denuncias como éstas.

Lo que hay detrás del acoso y derribo de Waldheim es un cínico e hipócrita estilo de hacer política que cada día está más extendido. Se ha escogido un pequeño país, con un presidente muy vulnerable, para demostrar que oponerse a las orientaciones políticas de quienes mandan en el mundo tiene unos costes evidentes. Quizá si Waldheim no hubiera llevado a Arafat a la ONU cuando fue su secretario general, dando así un apoyo decisivo a la causa palestina, ahora no tendría estos problemas. Tampoco los tendrían los austriacos si hubieran estado más atentos a la consigna que se les daba: hay que castigar *ahora* a Waldheim.

España es también un pequeño país que sabe mucho de aislamientos internacionales. Un gesto de amistad y apoyo al pueblo austriaco y a sus instituciones *ahora que se encuentran incomprensiblemente solos* honraría la antigua amistad que tenemos con ellos; también conviene ir juntando amigos leales para cuando nos pasen la factura por denunciar la represión fascistoide que hoy padece el pueblo palestino, por ayudar a Nicaragua a encontrar una paz justa y por quitar bases americanas de nuestro país. ¿O es que alguien se ha creído que esto es gratis?— **Manuel Olivares.** Granada.